

que habiendo sido Legado del Papa Liberio habia recibido de él poderes muy amplios para el Oriente. Eusebio llegó en estas circunstancias, y no encontrando remedio para el mal, partió al instante para su diócesis sin comunicar con ninguno de los dos partidos, temiendo aumentar el mal si se declaraba: y aun tuvo la discrecion de no esplicarse sobre el crítico paso de Lucifero, contentándose con sufrir y sentirlo secretamente.

27. Sin embargo de lo moderado de este proceder, ofendió vivamente á aquel espíritu sombrío y altivo, el que quebrantó la comunión con su santo colega, y pronto con la Iglesia universal. Reprobó sin el menor miramiento los decretos del Concilio de Alejandria, en el que habia tenido Eusebio gran parte, y cuya carta sinodal llevaba consigo. Lucifero nunca quiso que se admitiesen á la penitencia segun estas sabias disposiciones los que habian comunicado con los Arrianos: pero á pesar de esto no osó desechar estos reglamentos de un modo formal, porque sus Diáconos acababan de aprobarlos en su nombre, contentándose por entonces con desaprobarnos con su conducta, observando una disciplina contraria de todo punto. De este modo principió un nuevo cisma que se extendió principalmente en Cerdeña, donde estaba la Silla de este Prelado inflexible, y de donde pasó á España (*). A Lucifero solo se le reprende este ri-

(*) Algun tiempo despues de terminado el Sínodo de Alejandria, esto es, cuando llegó su noticia á las Iglesias de España, juntó Gregorio, Obispo de Iliberi ó Granada, un Concilio en el que

gor cismático contra los Arrianos, sin ningun error en la fe. Tan arriesgado es el tomar por celo la dureza del propio carácter, y substituir una guia tan engañosa á las dulces y santas impresiones que constituyen el solo principio de la verdadera virtud. Disculpa San Atanasio cuanto puede á Lucifero por su buena intencion, y ya fuese por persuasion ó por prudencia, siguió contemporizando con él, á lo menos todo el largo tiempo que este hombre duro permaneció en Antioquía. Por fin, volvió Lucifero á su Iglesia de Cagliari, donde murió ocho años despues. Su cisma fue prolongado por Hilario, aquel Diácono de la Iglesia Romana, natural de Cerdeña, y que bajo el imperio de Constantino sufrió por la fe los tormentos y el destierro. Llegó éste hasta el punto de rebautizar á los Arrianos, lo que su maestro no habia hecho: mas como solo era Diácono y no se vieron en su secta ni Obispos ni Sacerdotes, esta se acabó brevemente con él.

28. Tuvo la alegría San Eusebio al llegar á Italia de encontrar allí á San Hilario de Poitiers, que trabajaba por do quiera en el restablecimiento de la

suscribieron los Padres á los decretos formados en el Alejandrino, y se confirmaron en su conducta de paz y moderacion. Sin embargo no faltaron algunos (aunque en corto número), que celosos por un rigor estremado abrazaron el cisma de Lucifero, pronunciándose altamente contra los Concilios de Alejandria y de Granada. Empero esta escision aunque criminal, y digna por lo mismo de la execucion de los verdaderos católicos, fue de muy corta duracion, y no llegó á turbar la paz que la santa Iglesia de España disfrutó en todo el reinado de Juliano.

paz y de la religion. Juntaron sus esfuerzos estos dos grandes hombres guiados por el mismo espíritu, y lograron abundantes frutos en todas aquellas provincias, lo que nos consta por una carta de los Obispos italianos á los de Iliria (1). „Todos estamos unidos y concordes, decian, en guardar religiosamente los santos decretos de Nicéa contra Arrio y Sabelio, y hemos anulado unánimemente los de Rímíni. Os damos el parabien por haber vuelto á los mismos sentimientos.” Se conoce por estas últimas palabras el buen estado de la fe en Iliria, donde la impiedad herética se habia estendido con tanta audacia en tiempo de Fotino, y mucho mas insolentemente por los artificios de Ursacio y Valente. No era muy antigua la reparacion del escándalo, pues las Iglesias de Iliria la debian en especial al mismo San Eusebio, y á la residencia que acababa de hacer entre ellos á su vuelta del Oriente. San Hilario supo de él todas estas circunstancias con un placer indecible, y llenó por su parte de alegría á Eusebio, refiriéndole el ardor y la uniformidad con que las Iglesias de la Galia, tanto ó mas que las de Italia habian restituido á la fe todo su antiguo esplendor. Contóle lo que habia sucedido en muchos Concilios y particularmente en el de París: que las oposiciones de Saturnino de Arlés acababan de frustrarse en esta última asamblea de sus compatriotas, bien diversa de la de Beciers, donde este intrigante herege habia logrado hacer desterrar al celoso doctor: y que por la misma causa de he-

(1) *Inter. Oper. Hil. fragm. 12.*

regía habia sido depuesto Paterno de Perigüeux. Exceptuando estos dos Obispos Galos, todos los demás eran irreprehensibles de todo punto, ó solo tenian que acusarlos de las culpas de sorpresa borradas ya con un egemplar arrepentimiento.

29. Estos triunfos casi universales de la verdad eran muy gloriosos para que el padre de la mentira dejase por mas tiempo en tranquilidad á los triunfadores. Fue tambien el primero de todos á quien acometieron con mas ardor el doctor mas formidable para los Arrianos entre todos los que honraban á la Iglesia. Mientras Atanasio estuvo ausente, la idolatría y la supersticion habian tomado con la heregía nuevo vigor en Egipto, particularmente en la capital. Estaban juntos allí bajo la proteccion imperial de Juliano todo género de Sacerdotes, ó mas bien profanadores, adivinos y magos; y egercian impiedades de toda especie. No solo en el vuelo de los pájaros, y en las entrañas de las víctimas ordinarias buscaban estos sanguinarios agoreros pronósticos de lo venidero, sino que degollaban á los niños de uno y otro sexo, observaban sus intestinos aun calientes, y hacian servir su sangre á las ceremonias mas execrables de la magia. No dormia sobre tales horrores el santo Patriarca: y los autores de la abominacion conocieron bien pronto quanto les costaría el combatir sus esfuerzos. Escribieron sin tardar al Emperador, que solo Atanasio hacia inútil toda su arte; y que si se le dejaba en Egipto, pronto no quedaria allí ni un Helenista. Respondió Juliano en su estilo ordinario,

que un Sacerdote Galileo, espulso por tantas órdenes imperiales, debiera haber esperado una orden nueva y formal para volver á su Silla. „A la verdad, prosigue, concedí á los Galileos desterrados por Constantino que tornasen á su pais, mas no á sus Iglesias. Regresando pues Atanasio con su acostumbrada audacia á la Silla que llaman Episcopal, le ordeno que salga de la ciudad sin la menor dilacion, so pena de un castigo digno de su rebeldía si permanece en ella.”

En vano el pueblo fiel de Alejandría á nombre de toda la ciudad, cuya mayor parte componía, pidió al Soberano con cartas muy espresivas que revocase su declaracion. Fue dura é insultante la contestacion, llevando á mal sobre todo, que osasen tomar el nombre de comunidad con exclusion de los Helenistas que él llama la parte mas sana. „Si quereis, añade, continuar neciamente adictos á las absurdas doctrinas de vuestros impostores, juntaos á lo menos entre vosotros, y vivid sin el revoltoso Atanasio. Hay muchos discípulos suyos menos audaces que él, y bastante capaces para divertir vuestros oidos con las mismas impiedades y con las mismas tonterías. Un hombre pequeño como ese, diestro y fogoso en intrigas, y gloriándose de esponer con facilidad su vida, solo es propio para precipitaros en el desorden y en la calamidad.” Escribió al propio tiempo el Príncipe al Prefecto de Egipto para que afirmase y apresurase el cumplimiento de sus órdenes. „Si antes de las calendas inmediatas de Diciembre, le dice, no sale Atanasio de Alejandría y de todo el Egipto, juro por

el gran Serapis, que pagareis una multa que no bajará de cien libras de oro. Aun cuando no tengais otra cosa que decir me, contestadme acerca de ese enemigo de los Dioses.”

El Prefecto para obedecerle no necesitaba tanto. Lo cumplió con una eficacia y un estrépito, que pudo satisfacer ampliamente á la corte impía. Dispersáronse tropas con espada en la mano por toda la ciudad; la Iglesia principal fue quemada por los Paganos y por los Judíos; mil emisarios animados por la esperanza, buscaron por do quiera á Atanasio, no para hacerle desaparecer de Egipto, en donde no era de presumir osase presentarse aun, sino para darle la muerte como el Emperador lo habia mandado en secreto. No era fácil la egecucion ni sin riesgo, en medio de un pueblo que estimaba en extremo á su Pastor. Huyó el Santo para evitar inconvenientes peores (1). Los fieles consternados le rodearon llorando y gimiendo, pero les dijo con aspecto alegre, y con un tono de seguridad que no deja dudar que la luz profética le iluminó sobre la muerte de Juliano: *esto no es mas que una nube, que se disipará pronto.* Entró en una barca que encontró á orillas del Nilo, y navegó rio arriba hácia la Tebaida. Sus enemigos le siguieron por el mismo rumbo, y en pocos momentos estaban junto á él; los que le acompañaban le aconsejaron que desembarcase y se ocultase en una soledad: pero el Santo por el contrario hizo volver al momento la barca, y tomó de nuevo la vuelta á

(1) *Socrat. lib. 3. hist. cap. 14.*

Alejadria, encontrándose con los que le buscaban; para mostrar, dice, que el que nos protege es mas grande que el que nos persigue. Encontrólos pronto, y preguntando á los que le acompañaban si Atanasio estaba lejos, respondieron que estaba muy cerca, y que si corrian le alcanzarian. Los emisarios pasaron pues adelante redoblando su diligencia. Atanasio se libertó de esta manera como hombre de talento y por aquella presencia de espíritu que nunca se conoce mejor que en la sorpresa y en los casos no previstos. Entró en la ciudad donde estuvo oculto hasta que murió el tirano, cuya muerte le habia participado el cielo seria pronto. En efecto la venganza divina habia fijado limites tanto mas cortos á la vida de este perseguidor, cnanto sus artificios dañaban mas á la Religion que las crueldades de los Nerones y de los Dioclecianos. Pasó en Antioquía este invierno, disponiéndose para la guerra de Persia.

30. Tenian por intempestiva los hombres prudentes esta guerra contra unos enemigos tan tranquilos entonces como formidables, y á quienes no convenia irritar en los principios de un reinado, en que no se veía aun lo que se podia temer ó esperar en lo interior: pero Juliano confiaba en sus agoreros, en sus ídolos y en su filosofía, la que preferia á todas las reglas de la politica. Afirmábanle sus charlatanes que el alma de Alejandro el grande habia pasado á su cuerpo, y que los Persas no se defenderian mejor que en otro tiempo contra su antiguo vencedor. Ni Senadores, ni Generales, ni Oficiales experimentados com-

ponian su consejo; solo habia aventureros al rededor del Príncipe, á cuyas promesas imprudentes daba entero crédito. Mandó asimismo llamar en estas circunstancias al filósofo Máximo, que le habia iniciado en las ciencias ocultas, es decir, en la magia; y le colmó de honores escesivos, con tanto daño de la misma filosofía como del gobierno. Perdió Máximo los sentimientos de equidad y moderacion, sin atender mas que á ostentar una magnificencia opuesta de todo punto á sus antiguos principios. Viendo á un pedante querer igualarse con ellos en todas ocasiones, y aun exigiendo muchas veces la preferencia, los grandes sentian la mas viva indignacion. Aquellos falsos sabios que sostenian mejor las apariencias de tales con Juliano, tenian solo las exterioridades y el vestido de la austeridad, no dándose traza por otra parte sino de presentarle incesantemente nuevas diversiones y nuevos deleites: de modo que su castidad alabada en las Galias, y siempre bien sostenida á escepcion del concubinato, dió no obstante motivo á mil sospechas en Oriente, ó á lo menos á frecuentes y ácrias sátiras. No podia persuadirse la multitud á que pasando la mejor parte de su vida con personas que nada tienen de virtuosas, hiciese solo indiferentes y fríos sacrificios á Venus ó la buena diosa. Todos se reían cuando salia en público, murmuraban en voz alta contra él, y le cantaban versos injuriosos. Por algun tiempo quiso usar de las mismas armas y se igualó á un populacho desenfrenado y á los mas viles satíricos: pero al fin perdió la paciencia, y amenazó que descargaría

todo el peso de su venganza sobre el pueblo de Antioquía luego que concluyese la guerra contra los Persas.

En el arrabal de Dafne habia una fuente llamada Castalia, como la de Delfos, y á la que se atribuía tambien la virtud de hacer conocer lo venidero. Estaba situada con un templo llamado tambien de Delfos en un bosque sagrado de diez á doce millas de circunferencia, plantado todo de mirtos, cipreses, laureles y otros árboles fragantes. Los Griegos contaban que la ninfa Dafne, huyendo de Apolo, habia sido allí transformada en laurel. La tierra esmaltada de flores, la frescura de mil arroyuelos que serpenteaban por do quiera, el aire embalsamado con el perfume de las plantas, el canto de los pájaros, la molicie, el regalo y el placer de todos los sentidos, y no menos el egemplo de la divinidad que se veneraba en aquel sitio, inspiraba la sensualidad y el olvido del pudor. Por esto, pues, el que frecuentase los paseos de Dafne, era preciso que tuviese alguna pretension amorosa ó afectase tenerla: pues de otra manera era una especie de irreligion ó una estupidez despreciable el ir á ellos.

El César Galo para contener y acabar con tan pernicioso abuso, (bien diferente del Emperador su hermano), habia trasladado allí en otro tiempo las reliquias del Mártir San Babiles, y por espacio de once años que descansaron allí, habia enmudecido el oráculo. No fueron bastantes todas las víctimas y sacrificios de Juliano para restituirle el habla, que po-

seyó solo un momento para confesar su ignominia y la causa de su silencio, atribuyéndole claramente á la presencia del Santo. Mandó el Emperador al punto que los Cristianos llevasen las reliquias, cuya traslación verificaron con un concurso y una solemnidad indecible, mirándola como un triunfo glorioso sobre el infierno. Enfureciase el apóstata por su piedad, y sobre todo por la confianza con que cantaban cánticos contra sus ídolos. Dejose arrebatarse de algunos escesos, y mandó aplicar los tormentos á algunos Confesores; mas pronto se aplacó temiendo poner de manifiesto de esta suerte su confusion, ó asociar nuevos atletas á la gloria del santo Mártir.

31. Sus reliquias se colocaron de nuevo en la ciudad de Antioquía en el puesto de donde se sacaron, y poco despues se incendió el templo de Dafne: consumió el fuego todos los techos, los mas bellos adornos, y el ídolo que era una estatua de Apolo de rara hermosura. Quedaron enteras las paredes y las columnas, y el estrago del fuego parecia hecho de propósito y con precaucion. El Emperador con todo hizo las pesquisas mas rigurosas hasta poner en tortura á los ministros del templo, y aun al gran sacrificador: tan vario se manifestaba este raro filósofo y tan poca confianza tenia en sus mayores secuaces en esta decadencia y ruina irremediable de la idolatría. Sin duda hubiesen querido acusar á los Cristianos ó á otros cualesquiera que fuesen: pero se echaba de ver que no eran mortales sus autores; cuanto se pudo saber con evidencia fue que el incendio principió por la

bóveda del edificio, y que los moradores de los campos contiguos habian visto bajar el fuego del cielo.

32. Quiso cavilosa y temerariamente el apóstata hacer responsables tan solo á los Cristianos. Así es que hizo sacar los vasos sagrados de la Iglesia principal de Antioquía, y cerrar todas las Iglesias de la ciudad; cuyo cumplimiento se encargó al conde Julian su tio y al tesorero Felix, apóstatas ambos como su Soberano. Hicieron las profanaciones mas sacrilegas, siendo mas culpables sus blasfemias cuanto eran proferidas con mayor escarnio y serenidad. Felix decia volviendo y revolviendo los vasos en que brillaba la magnificencia del gran Constantino: *mirad en que bajilla es servido el hijo del carpintero*. Echólos el conde Julian á tierra, se sentó sobre ellos y cometió en la misma Iglesia indecencias indignas de su clase y de todo lugar. Tambien hubo muchos Mártires; especialmente se hace mencion del Sacerdote Teodoro ó Theodoreto, católico fervoroso, cuyo celo constante le retuvo en la ciudad en tanto que todos los demás eclesiásticos se fugaban. El conde le hizo aplicar á los mas crueles tormentos para obligarle á descubrir los tesoros de la Iglesia, é insistiendo Teodoro con valor en no querer hacer traicion á su Iglesia ni á su fe, le degollaron.

Murió á mas otra multitud de fieles cuyo exacto número jamás se supo, porque perecieron de noche: pero sus cuerpos fueron echados al rio Oronte, y eran tantos que detuvieron la corriente de las aguas. Halláronse tambien en pozos, en subterráneos pro-

fundos, y hasta en los lugares secretos de palacio los cadáveres de muchos cristianos que habian desaparecido de repente y fueron al fin reconocidos.

No obstante hubo algunos apóstatas: pero parece que la Providencia tomó á su cargo el no dejar impune este escándalo en un tiempo en que la autoridad soberana podia hacerle tan contagioso. Idolatrando Theoctechno, Sacerdote de Antioquía y un Obispo llamado Herón, padecieron ambos visiblemente los efectos de la divina venganza; pues Herón fue acometido de una enfermedad tan espantosa y tan asquerosa, que abandonado enteramente de todos, y privado de socorro y de alivio, exhaló el postrer aliento en un ángulo ó rincón de una calle. Theoctechno perdió la vista, y murió roído de gusanos en un acceso de locura ó mas bien de rabia, despedazándose con sus mismas manos.

33. Aun tuvo el conde Julian una suerte mas horrible; todo su cuerpo parecia una llaga: pero en el asiento sufrió una corrupcion mas profunda que en todo lo demás, y arrojaba tantos gusanos, que no era posible agotarlos. Aplicáronse pájaros buscados á gran costa para atraer los insectos devoradores hácia fuera, por espacio de cuarenta dias que vivió en tal estado; pero se internaban mucho mas, y le causaban crueles dolores, royéndole las carnes vivas. El escremento le salia por la boca, y se miraba con horror á sí mismo. Su muger que habia permanecido fervorosa cristiana, y cuya piedad subió de punto con la tentacion, le obligó á conocer la terribleza del

poder divino de Jesucristo, moviéndole con las mas vivas instancias al arrepentimiento. Turbado con estos discursos, y aun mas con sus propios dolores, pidió al Emperador que restituyese á los fieles la Iglesia de Antioquía: pero fue despreciado, y murió poco despues. Cuentan los autores Gentiles las circunstancias de esta muerte con la misma exactitud que los Cristianos. Fue precedida esta muerte por la repentina de Felix el Tesorero, que vomitó toda su sangre por aquella boca impía que se habia hecho culpable de blasfemias tan execrables.

Pareciendo estas dos muestras mal presagio al Emperador, en medio de sus insolencias puso de manifiesto su espanto. En las inscripciones públicas, hechas en honor suyo, se leían estas tres palabras latinas: *Felix, Julianus, Augustus*. No dejó de inferirse que el Emperador, señalado por la última palabra seguiria pronto el destino de sus dos ministros nombrados en las primeras.

34. No estaba muy lejos en efecto el término: pero el Príncipe impío debia dar aun una gran prueba de la divinidad de Jesucristo, y de la verdad de sus oráculos con su misma malignidad en desacreditarlos. No amaba á los Judíos; mas para molestar de nuevo á los Cristianos á los que detestaba, resolvió alzar las reliquias abatidas de la sinagoga, é hizo practicar nuevamente á los Judíos sus casi olvidados sacrificios. Vedándoles la ley sacrificar en otra parte que en Jerusalem, les ofreció reedificar el templo; lo que aceptaron muy alegremente. Desmentir las

profecías era su principal intento, tanto la de Daniel, que anunció la ruina del templo como irreparable, como la del Salvador, que dice espresamente que no quedaria piedra sobre piedra. Llamó á los mas hábiles obreros de todas las provincias, envió multitud de trabajadores, y encomendó la superintendencia de la obra á Alipio, uno de sus oficiales de mayor confianza.

Acudian los Judíos de todas las estremidades del orbe á Jerusalem, triunfando y publicando que el reino de Israel iba á ser reedificado. Las mugeres daban sus mas preciosos adornos para tener parte en la gloria de esta empresa, trabajaban vivamente con sus propias manos, y aun las de primera gerarquía sacaban la tierra que regaban con su sudor, y llegó su entusiasmo hasta conducirla en las faldas de sus vestidos. Dícese que por respeto ó mas bien por ostentacion, empleaban para estos trabajos palas y espuelas de plata. No dejó de insultar á los Cristianos de mil modos todo este pueblo réprobo, cubierto por tanto tiempo de oprobio, mas animado súbitamente con la proteccion imperial. Oía y miraba todo esto sin conmoverse el santo Obispo Cirilo, restituido de su destierro; afirmando á los fieles que verian pronto alguna señal visible del poco poder de los hombres, y de la estravagancia de sus tentativas contra los decretos divinos.

Fue fácilmente destruido lo que quedaba del antiguo templo, hasta no dejar piedra sobre piedra segun la letra de las escrituras, y se ahondaron con